

Caperucita Roja

Érase una vez una dulce mocita, a la que todos querían aunque solamente la hubiesen visto una vez; pero quien más la quería era su abuela, que ya no sabía ni qué regalarle. En cierta ocasión le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y como le sentaba tan bien y la niña no quería ponerse otra cosa, todos la llamaron de ahí en adelante Caperucita Roja. Un buen día le dijo su madre:

—Mira, Caperucita Roja, aquí tienes un trozo de tarta y una botella de vino para llevar a la abuela; pues está enferma y débil, y esto la reanimará. Arréglate antes de que empiece el calor, y cuando te marches, anda con cuidado y no te apartes del camino; no te vayas a caer, se rompa la botella y la abuela se quede sin nada. Y cuando llegues a su casa no te olvides de darle los buenos días y no te pongas a fisgonear primero por todas partes.

—Lo haré todo bien —dijo Caperucita Roja, dando la mano a su madre.

Pero la abuela vivía fuera, en el bosque, a media hora de camino del pueblo. Cuando Caperucita Roja llegó al bosque, salió a su encuentro el lobo. Pero la niña no sabía lo peligroso que es ese animal, así que no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita Roja! —la saludó el lobo.

—¡Muchas gracias, lobo!

—¿A dónde vas tan temprano, Caperucita Roja?

—A ver a la abuela.

—¿Qué llevas en tu delantalillo?

—Tarta y vino; ayer estuvimos haciendo pasteles en el horno; la abuela está enferma y débil y necesita algo bueno para fortalecerse.

—Dime, Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

—Hay que caminar todavía un buen cuarto de hora por el bosque, porque su casa se encuentra bajo las tres grandes encinas; debajo están también los avellanos; pero eso ya lo sabrás.

El lobo pensó: «Esa joven y delicada cosita será un succulento bocado; sabrá mucho mejor que la vieja. Has de comportarte con astucia si quieres pescar a las dos.» Entonces acompañó un rato a la niña y luego le dijo:

—Caperucita Roja, mira esas hermosas flores que te rodean, sí, ¿por qué no miras a tu alrededor?; me parece que no escuchas el melodioso canto de los pajarillos, ¿no es verdad? Andas ensimismada, como si fueras a la escuela, ¡y es tan divertido corretear por el bosque!

Caperucita Roja abrió mucho los ojos, y al ver cómo daban de un lado para otro, entre los árboles, los rayos de sol, y cuántas preciosas flores había, pensó: «Si llevo a la abuela un ramo de flores frescas se alegrará; y como es tan temprano llegaré a tiempo». Y apartándose del camino se metió en el bosque en busca de flores. Y en cuanto había cortado una pensaba que más allá habría otra más bonita y, buscándola, se internaba cada vez más en el bosque. Pero el lobo se marchó directamente a casa de la abuela y tocó en la puerta.

-¿Quién es?

-Soy Caperucita Roja, que te trae tarta y vino; ábreme.

-No tienes más que girar el picaporte -dijo la abuela-; yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo giró el picaporte, la puerta se abrió y, sin pronunciar más palabras, fue directamente a la cama donde yacía la abuela y se la tragó. Entonces se puso sus ropas, se colocó su cofia, se metió en la cama y echó las cortinas.

Caperucita Roja se había dedicado entretanto a buscar flores, y cogió tantas que ya no podía llevar ni una más; entonces se acordó de nuevo de la abuela y se encaminó a su casa. Se asombró al encontrar la puerta abierta y, al entrar en el cuarto, todo le pareció tan extraño que pensó: «¡Oh, Dios mío, qué miedo siento hoy y cuánto me alegraba siempre que veía a la abuela!». Y dijo:

-¡Buenos días!

Pero no obtuvo respuesta. Entonces se acercó a la cama y corrió las cortinas, allí estaba la abuela, con la cofia bien calada en la cabeza y un aspecto extraño.

-¡Oh, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

-Para oírte mejor.

-¡Oh, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

-Para verte mejor.

-¡Oh, abuela, qué manos tan grandes tienes!

-Para cogerte mejor.

-¡Oh, abuela, qué boca tan grande y horrible tienes!

-Para comerte mejor.

Y diciendo esto, saltó el lobo de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

Cuando el lobo hubo saciado sus viles apetitos, se metió de nuevo en la cama y comenzó a dar grandes ronquidos. Acertó a pasar el cazador por delante de la casa, y pensó: «¡Cómo ronca la anciana!, miraré, no sea que le pase algo». Y entró en la alcoba, y al acercarse a la cama vio tumbado en ella al lobo.

-Mira dónde vengo a encontrarte, viejo pecador -dijo-; tanto tiempo como ando buscándote...

Entonces le apuntó con su escopeta, pero se le ocurrió que el lobo podía haberse comido a la anciana y que tal vez podría salvarla todavía. Así que no disparó, sino que cogió unas tijeras y comenzó a abrir la barriga del lobo. Al dar un par de cortes vio relucir la roja caperucita; dio otros cortes más y saltó la niña diciendo:

-¡Ay, qué susto he pasado, qué oscuro estaba en el cuerpo del lobo!

Y después salió la vieja abuela, también viva aunque casi sin respiración. Caperucita Roja trajo inmediatamente grandes piedras y llenó la barriga del lobo con ellas. Y cuando el lobo se despertó quiso dar un salto para salir corriendo, pero el peso de las piedras le hizo caer, se estrelló contra el suelo y se mató.

Los tres estaban contentos; el cazador le arrancó la piel al lobo y se la llevó; la abuela se comió la tarta y se bebió el vino; y Caperucita Roja pensó: «En toda tu vida volverás a apartarte del camino para meterte en el bosque cuando tu madre te lo haya prohibido».

Se cuenta también que en cierta ocasión, cuando Caperucita Roja llevaba otra vez dulces a su abuela, otro lobo se acercó a ella, le habló y quiso apartarla del camino. Pero Caperucita Roja se cuidó mucho de hacerle caso al lobo, siguió derechamente su camino y le dijo a la abuela que se había encontrado con el lobo y que éste le había dado los buenos días, pero que le había echado una mirada maligna; y añadió:

-De no haberme encontrado en mitad del camino me hubiese devorado.

-Ven conmigo -le dijo la abuela-; vamos a cerrar la puerta para que no pueda entrar.

Al poco rato llamaba el lobo a la puerta y decía:

-Abre, abuela, soy Caperucita Roja y te traigo dulces.

Pero se quedaron calladas y no le abrieron la puerta. El malvado lobo se puso a rondar la casa, saltó luego al tejado y se dispuso a esperar allí a que llegase la tarde y Caperucita Roja saliese de la casa; entonces pensaba seguirla y comérsela en la oscuridad. Pero la abuela se dio cuenta de lo que

tramaba. Pues bien, delante de la casa había una gran pila de piedra; y la abuela dijo a la niña:

-Coge el cubo, Caperucita Roja; ayer estuve cociendo embutidos; lleva el agua de cocer a la pila.

Caperucita Roja estuvo llevando agua hasta que la gran pila se llenó. Entonces el olor a embutido le dio al lobo en la nariz; éste olfateó y miró hacia abajo; finalmente alargó tanto el cuello que no pudo sostenerse más y empezó a resbalarse; cayó así del techo a la gran pila y se ahogó. Y Caperucita Roja se fue muy contenta a su casa y nadie le causó ningún daño.